

Cuestiones preliminares

1.- Cuando se habla de antropologías y de la antropología cristiana es preciso hacer algunas distinciones. El término antropología en su sentido más amplio alude a las ciencias humanas que se ocupan, justamente, del estudio del hombre. Como hay diversos modos de aproximarse al hombre, según las diversas maneras de considerarlo, se habla de antropologías en plural, y algunas llevan apellidos, como antropología cultural, antropología psicológica, antropología filosófica, entre otras.

2.- El cristianismo, en su realidad más profunda, no es un estudio del ser humano. Sin embargo, es un acontecimiento que toca hondamente la realidad humana, porque si creemos que Dios se ha hecho hombre en Cristo Jesús, entonces ser hombre debe ser algo muy serio y muy importante. Por

más alta y más auténtica a la que el ser humano podía aspirar y estaba invitado a llegar, para ser de verdad, profundamente, un hombre.

3.- Dicho lo anterior, nos aprestamos a señalar los desafíos más sobresalientes que las últimas concepciones filosóficas sobre el ser humano presentan a la visión cristiana sobre el hombre, conscientes de que esta última, aunque sea normativa para los creyentes en Cristo, puede ser también compartida o, al menos, altamente apreciada por otras personas que no profesan nuestro mismo credo, pero sí comparten con nosotros el deseo común de ser más plenos, más auténticos y más felices.

4.- En esta breve presentación aludiré primeramente a las perspectivas filosóficas sobre el hombre que, según me parece, más han influido en el pensamiento y las actitudes del hombre de hoy. Me referiré así al humanismo mar-

siglo XIX creyó haber iniciado con su filosofar un camino inédito. No se propuso únicamente pensar la realidad, sino transformarla. De ahí que sus ideas estén orientadas, por confesada intención, a cambiar la sociedad y la historia.

6.- Como trasfondo de toda la reflexión de Marx, encontramos un concepto materialista de la realidad. En medio de esa cosmovisión el hombre es también materia, un producto de la naturaleza que está volcado hacia ella para satisfacer sus necesidades básicas. Esa relación del hombre con la naturaleza está mediada por el trabajo, que perfecciona al ser humano y, al mismo tiempo, es la base de toda la sociedad.

7.- El ser humano, para Marx, es también alguien profundamente determinado por las condiciones socio-económicas en las que vive. Sus análisis del proletariado de su época y de las

Antropología filosófica

La antropología cristiana en el contexto de otras antropologías

Por P. ARIEL SUÁREZ JÁUREGUI

tanto, sólo podemos hablar analógicamente de una antropología cristiana, en el sentido de que el hombre-Dios Cristo Jesús ofrece, con Su Vida y Su Palabra, con Su Estilo y Sus Opciones, con Su Muerte y con Su Resurrección, un modo de ser y de vivir humanos que para los que tenemos fe religiosa en Él, se convierte en paradigma, anhelo y vida misma. Cuando Pilato presenta a Jesús ensangrentado y coronado de espinas a la multitud enardecida que vociferaba que lo crucificaran, pronunció estas palabras: "Ahí tienen al hombre". El famoso *Ecce homo* de Pilato, dicen los biblistas, fue la confesión implícita en boca de un pagano, de que Aquel ser transido de mansedumbre y bondad, que respondía al odio y la mentira con el amor y el perdón, era la cima

xista, al humanismo existencialista, al humanismo personalista, al humanismo nihilista y al humanismo postmoderno. Intentaré particularizar en cada caso los retos que estas corrientes de pensamiento imponen a la visión cristiana del ser humano. Finalmente trataré de esbozar una síntesis de lo que me parece es la concepción cristiana del hombre, síntesis no completa ni exhaustiva, pues como ya creo haber señalado, en Cristo Jesús, Dios se ha hecho hombre y por eso hablar de Cristo, es hablar de Dios. Y Dios es siempre más grande que nosotros y que nuestras palabras sobre Él.

El humanismo marxista

5.- Marx en la segunda mitad del

relaciones de producción, le llevaron a concluir que aquel obrero era un hombre explotado por el capitalista, que no disfrutaba de los beneficios de su trabajo, que producía mientras otro se llevaba la ganancia, que recibía un salario miserable; en una palabra, era un ser completamente alienado. Entre las alienaciones que señaló Marx estaba también una alienación proveniente de la religión, ya que según él la situación de explotación y de sufrimiento del obrero era justificada como "voluntad de Dios", y la única esperanza proveniente de la esfera religiosa era un premio en "el más allá", donde el hombre se vería liberado de sus angustias y de su dolor presentes.

8.- Marx intentó revertir esa situación injusta. Propuso la supresión de la

explotación del hombre por el hombre mediante la modificación de las relaciones de producción. Estableció unos pasos para lograr esto: abolir la propiedad privada, agudizar la lucha de clases hasta eliminar el antagonismo proletarios-burgueses, establecer en el poder a la clase obrera. Esa emancipación del proletariado traería consigo la emancipación de la humanidad toda. Y entonces aparecería un hombre nuevo, el hombre socialista, reconciliado con sus semejantes y con la naturaleza. Al desaparecer la explotación, el hombre sería solidario y armónico. La meta final sería una sociedad sin religión, sin ley, sin Estado, donde cada uno trabajaría según sus posibilidades y recibiría según sus necesidades. Todo sería placer y libertad y se habría creado así el paraíso en “el más acá”.

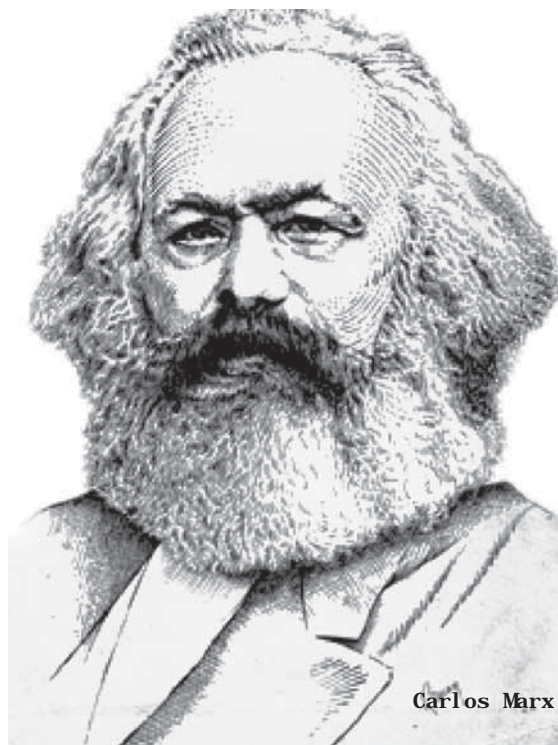
9.- El cristianismo comparte con el marxismo el sueño de un hombre nuevo, renovado, pero se distingue del marxismo en el punto de partida, en los medios para lograrlo, en la concepción sobre Dios, en la meta. El hombre, para el cristiano, no es sólo materia ni el resultado de ella. La realidad espiritual que forma parte de lo más nuclear del hombre íntimamente unida a la dimensión corpórea, trasciende al mismo tiempo la materialidad. El hombre está condicionado por las realidades socio-económicas y por otros múltiples factores, pero no está determinado por ellos, pues eso sería negar la libertad misma. En ese sentido, no se comprende bien desde el marxismo cómo un individuo, absolutamente determinado por las relaciones de producción y completamente alienado, podría “tomar distancias” de todo ello para construir una sociedad diferente. La propuesta de Jesús, por el contrario, incluye una liberación integral y no sólo de estructuras injustas o relaciones injustas de producción: es, ante todo, liberación del pecado, del mal que anida en el corazón del hombre y que se convierte así en fuente y raíz de todo mal personal, estructural o social. Al mismo tiempo, difiere el cristiano de considerar la lucha de clases como el remedio para establecer una sociedad solidaria. ¿Cómo conjugar un odio y un desprecio terrible a la clase antagonica con el ideal de hombre solidario y armónico? La meta a la que aspiramos trasciende este mundo y esta

historia, pero la incluyen y la perfeccionan. Es más, es en esta historia donde se juega el destino eterno del hombre, pero se juega en el amor, el servicio, el perdón, la entrega de la vida, la fraternidad y la justicia, que son las fuerzas que Jesús aseguró cambian a los hombres y, por ende, al mundo. Y ese destino eterno nos viene donado, no es el resultado de nuestros sueños ni de nuestros deseos, aun cuando nuestros sueños más íntimos conecten tanto con eso que llamamos Esperanza y Ansia de Infinito.

10.- No obstante lo anterior, hay algunas realidades que el marxismo nos ayudó a considerar mejor. Si bien no nos identificamos con la imagen de Dios y de la religión que Marx describe, si pensamos que en algunos momentos, la predicación o el modo de vida de muchos creyentes han podido inducir a pensar como Marx. Por esa crítica que nos sirve constantemente de purificación y de crecimiento para reencontrar el rostro verdadero de Dios y vivir en consecuencia, habrá que estarle agradecido. Creo igualmente que el marxismo puso sobre el tapete de la antropología las dimensiones socio-económica e histórica del ser humano, dimensiones que realmente no estaban tan bien definidas ni analizadas en las anteriores concepciones filosóficas sobre el hombre, incluso en aquellas que tenían como referente una visión cristiana. El marxismo nos dejó un estudio profundo sobre la sociedad capitalista y de seguro contribuyó a humanizarla. Las conquistas sociales y las mejoras de las condiciones de vida de los obreros, meta todavía distante para tantos seres humanos de este planeta, tienen en Marx un estímulo potente, no obstante las ambigüedades y desaciertos antes señalados desde una perspectiva cristiana.

El humanismo existencialista

11.- Las ideas provenientes del exis-



tencialismo tienen como exponentes principales a los filósofos alemanes de inicios del siglo XX Heidegger y Jaspers, pero fue sobre todo a través de la literatura de los franceses Sartre y Camus, después de la Segunda Guerra Mundial, que llegó al público más vasto el ideario existencialista. Hay también un existencialismo cristiano que defiende Gabriel Marcel, entre otros, pero que tuvo resonancias fundamentalmente en los ámbitos de la fe.

12.- El existencialismo más difundido quiso ser una protesta contra el idealismo alemán y el colectivismo marxista, que cosifican al hombre. En ese sentido se convierte en una defensa de la existencia humana, la propia existencia, irreducible a un momento del devenir de la Idea Absoluta o a una pieza del engranaje social.

13.- Los autores que postulan el existencialismo insisten en destacar el valor del hombre concreto, inmerso en el mundo y en la historia, capaz de proyectar un futuro y de crearse valores, forzado a elegir y ser libre, limitado, lleno de tensiones, ambiguo, contradictorio. Cuando experimenta ese sentirse “arrojado”, abandonado a sus propias fuerzas y destinado a la muerte, se apodera de él la angustia. El tiempo, el espacio, el propio cuerpo, los fracasos y la muerte signan en todo momento la finitud radical del hom-

bre. Aceptar esa situación sin horizontes trascendentes y absurda es el único modo de vivir con autenticidad, rechazando la evasión y el suicidio. Eso sería ser responsables.

14.- Para el existencialismo ateo, los otros y Dios son una amenaza a mi libertad y, por tanto, debo tenerlos lejos y rechazarlos, defendiéndome de su potencial peligro.

15.- El cristianismo comparte con el existencialismo el aprecio al hombre concreto, diríamos, a la dignidad inviolable de cada ser humano. Al mismo tiempo, podemos comulgar con su anhelo de libertad y con la llamada a vivir responsablemente la vida. Pero es precisamente en la concepción de la libertad y de la vida donde el cristiano se separa de un existencialista, pues no compartimos esa visión immanentista y desesperanzadora que solo considera el “aquí” y el “ahora”. El cristianismo cree al mismo tiempo que no es el hombre el que crea los valores sino que los descubre y que se hace tanto más libre cuando más los asimila. La libertad no es una fuerza ilimitada y sin metas, sino que se ejerce plenamente cuando se orienta a los valores y permite establecer relaciones de respeto y amor con los otros y con el Otro con mayúscula, de los cuales no tengo que defenderme como de enemigos, porque la apertura a los demás y al Trascendente en el amor me constituye en lo más íntimo de mí mismo.

El humanismo personalista

16.- Emmanuel Mounier (1905-1950) acuñó el término “personalismo” para “toda doctrina y toda civilización que afirma el primado de la persona humana sobre las necesidades materiales y sobre los mecanismos colectivos que sustentan su desarrollo”. Diríamos que es un pensamiento que toma distancias, tanto del marxismo como del existencialismo. Al primero se opone al subrayar el valor “absoluto” de la persona humana, y al segundo se enfrenta cuando acentúa la dimensión comunitaria y trascendente del ser humano.

17.- El personalismo tiene también, como el marxismo, un interés en transformar el orden social injusto y propiciar la liberación del hombre para que éste se realice más plenamente como persona. Esa transformación de la sociedad y de cada individuo supone la acción comunitaria, siempre más eficaz que la individual. Hay un proyecto de construir comunidades y pueblos que vivan el ideal personalista, basados en la comunicación amorosa entre todos, donde se descubrirá a Dios como suprema comunicación.

18.- Para Mounier son tres las dimensiones fundamentales que caracterizan a la persona: la Vocación, que supone la Trascendencia; la Encarnación, que se traduce en compromiso con las realidades de este mundo y con la sociedad; y la Comunión, que es renuncia a sí mismo para donarse a los otros.

19.- El personalismo establece una distinción entre los términos “individuo” y “persona”. Individuo es el ser humano replegado sobre sí mismo, disperso, egoísta, separado y evasivo, un número dentro de la masa. La persona es apertura, don de sí, comunicación, compromiso. Pasar de individuo a persona es el modo de desa-

rollar plenamente la propia vocación y vivir integrado y feliz.

20.- Mounier defendió que la economía, las instituciones y la cultura deben estar al servicio del hombre y promover la personalización del mismo. Consideró el valor supremo de la familia en dicho proceso. Postuló la primacía del trabajo sobre el capital y se declaró partidario de la democracia que se funda en el derecho y en la ética.

21.- Me parece que en línea de máximas, el cristianismo se acerca bastante al personalismo en su visión sobre el hombre, aun cuando no se pretenda desde la fe cristiana un proyecto determinado de sociedad, de comunidades o pueblos en el sentido de organización socio-política establemente constituida. El Reino de Dios, término acuñado por Jesús para referirse a Su Proyecto, se va realizando progresivamente en este mundo, pero sólo alcanza plenitud en el otro, y no se identifica plenamente con ninguna realización intramundana, ni siquiera con la propia Iglesia.

El humanismo nihilista

22.- En la segunda mitad del siglo XIX, la obra del filósofo alemán Friedrich Nietzsche representa la crítica más furibunda contra lo que se ha dado en llamar “la cultura establecida”. El Arte, la Ciencia, la Moral, la Filosofía, la Religión... todo eso y más, fue desestimado por Nietzsche, en vista de un nuevo sistema de valores y para que naciera finalmente lo que él denominó “el Superhombre”. Al rechazar violentamente todo lo que era referencial y ético, se apostaba de algún modo por la Nada, de ahí el nombre de nihilismo con que se califica esta postura.

23.- Nietzsche considera que Dios es el principal opositor para la realización plena del hombre. En consecuencia, hay que “matar” a Dios para que el hombre viva. Con el derrumbamiento de los viejos valores que sustentaban la religión, acompañada de supersticiones y mitos, se puede iniciar un nuevo camino en el que el ser humano se haga dueño de su propio destino y establezca los valores necesarios para vivir.

24.- Para Nietzsche, el cristianismo representa un falso universo de ideales y de valores que en realidad deprime y aprisiona el sentimiento vital del hom-



Jean Paul Sartre



bre. La exaltación, por parte de los cristianos, de la humildad, de la misericordia, la mansedumbre, la paciencia, el sacrificio y el amor servicial, no ha hecho más que crear individuos tristes, apocados, resentidos, que subliman así su incapacidad radical para apropiarse del mundo y de la propia vida. Ese destino ha formado una "moral de esclavos".

25.- Hay que fundar una nueva moral, "de señores", donde se retome el impulso de lo instintivo, lo vitalista y natural del hombre, que emerge fuerte como ansia de poder y de dominio. Este proceso conducirá a la aparición del "Superhombre", caracterizado por un deseo grande de vivir y por la voluntad de poder, no sometido a ningún precepto moral, pues podrá forjar sus propios valores e ideales, ser "fiel a la tierra" y rechazar las utopías espirituales de un "más allá". Será un hombre atado a la noria del "eterno retorno".

26.- El pensamiento de Nietzsche está caracterizado por la ambigüedad y la queja, reflejo de su propia vida atribulada y mentalmente desequilibrada. Sin embargo, es una ayuda preciosa para comprender la crisis del hombre contemporáneo, de la cual Nietzsche representa su grito paradigmático. Su aportación es más un intento de destruir que de construir. Contribuyó a la crítica del racionalismo excesivo, de la vulgaridad y masificación de las sociedades industriales nacientes y de una cierta religiosidad hipócrita y moralizante que ahogaba; pero estas dimensiones que hubieran tenido un impacto positivo, han quedado eclipsadas por su crítica descomunal y feroz a la moral cristiana. Algunos han visto en las expresiones más sangrientas de los totalitarismos del siglo

XX un intento de realizar su sueño del "Superhombre". Estos experimentos han sido tan deshumanizadores y han dejado tantas huellas negativas en pueblos enteros y en generaciones posteriores que basta citar una frase de Jesús para indicar todo lo que el cristianismo diría respecto a la obra de Nietzsche: "Por sus frutos los conocerán". No es

poco constatar que ha sido uno de los maestros de la época actual: hedonista, violenta, subjetivista y atormentada.

El humanismo postmoderno

27.- Se dice con frecuencia que estamos inmersos en la postmodernidad. Este término alude a un modo de vivir más que de pensar, y supone una reacción contra la Modernidad racionalista e ilustrada de los siglos XVII y XVIII. En los tiempos modernos se creyó haber llegado a una explicación sistemática, totalizante y racional de Dios, del hombre y del mundo. Con el desarrollo de las ciencias positivas o experimentales, el hombre de la modernidad se sintió protagonista de un progreso ilimitado que finalmente traería una era de felicidad y bienestar para todos los pueblos de la tierra.

28.- Las primeras décadas del siglo XX se encargarían de echar por tierra el mito del progreso y de poner en entredicho los metarrelatos totalizadores y omnicomprendidos de la realidad, propios de las ideologías. Las dos guerras mundiales, las dictaduras en su vertiente totalitaria, los campos de exterminio y de concentración, el incremento de la brecha entre ricos y pobres, las injusticias sociales, los genocidios y las enfermedades que todavía se muestran incurables, han puesto nuevamente en evidencia la ambigüedad de una ciencia y un progreso que no tienen en cuenta la verdad sobre el hombre y sus referentes éticos.

29.- Todo lo anterior ha generado un hombre desencantado de la razón, escéptico de cara a la verdad, que rechaza la metafísica y los valores absolutos, en los cuales ve el peligro

del totalitarismo y la imposición. El hombre postmoderno propugna, pues, una especie de tolerancia permisiva (se tolera todo, menos la verdad), intelectualismo irracional (la nueva imagen del intelectual es la del buscador, que se contenta con verdades parciales y cambiantes), inmoralidad autorizada (la autoridad del "cada uno es libre de hacer lo que quiera", sin referencias a los valores morales), agnosticismo confesional (pues se "milita" en el "nada es cierto"), relativismo dogmático (el gran dogma de la postmodernidad es el "todo vale"). En la práctica vencen el egoísmo y el narcisismo más burdo, cuya expresión más típicamente postmoderna sería: "yo no me meto en la vida de nadie, para que nadie se meta en la mía".

30.- Lo que para el cristianismo hace más difícil el desafío que le presenta la postmodernidad es precisamente la deserción que esta hace de todo lo que es racionalidad. Porque entonces se pierde el terreno para el diálogo. Al apostatar de la razón, queda sólo el ámbito del sentimiento, que divorciado del logos, se convierte en la esfera más mutable y pasajera de lo humano. Esta deserción, por tanto, aparentemente serena y pacífica, no quiere ni busca confrontarse, no ya con el cristianismo como Verdad revelada, sino con la Verdad en su vertiente filosófica de búsqueda de respuesta a las interrogantes más profundamente humanas. Al de sentenderse de las cuestiones vitalmente importantes y considerar irrelevante o sólo significativo para la esfera privada lo que tiene que ver con Dios y la religión, es como si el hombre postmoderno le dijera al cristianismo: "mira, no tengo nada que ver contigo. Te suplico que no me molestes y te lo voy a agradecer. Yo no tengo nada en contra tuya, así que déjame en paz. Respecto a lo que tú planteas, que cada uno haga lo que siente, lo que quiera."

31. ¡Cómo no recordar de cara a la postmodernidad ese texto tan bello y dramático de Isaías 65,1 en el que Dios por boca de su profeta dice a su pueblo:

"Daba respuestas a los que no me preguntaban. Salía al encuentro de los que no me buscaban; decía: "aquí estoy, aquí estoy" a un pueblo que no invocaba Mi Nombre!"

No he encontrado otro modo mejor de expresar cómo veo la provocación que la postmodernidad presenta al cristianismo y la dificultad enorme de este último para afrontarla. Creo, sin embargo, que en la medida en que el cristianismo sepa conjugar bien Razón y Sentimiento, o si se quiere, con Pascal, Razón y Corazón; en la medida en que se evidencie, sobre todo en la vivencia cotidiana de los cristianos, aquello que nos enseñaron los escolásticos sobre los trascendentales, esto es, que Verdad, Bondad y Belleza se unen indisolublemente; en la medida, dicho de otro modo, en que sepamos vivir la Belleza de la Fe, irradiaremos el Gozo del Bien y el Esplendor de la Verdad al mundo desencantado y triste del postmodernismo.

Algunos elementos para completar esta breve síntesis sobre la visión cristiana del hombre

32.- En la exposición que he tratado ofrecer sobre diversos humanismos de un modo sucinto, de alguna manera se han dejado entrever elementos de la concepción antropológica que pudiéramos denominar cristiana. Retomo algunas de esas ideas para completarlas y hacerlas más evidentes. Y aclaro que ahora necesariamente habré de referirme a datos de la Revelación porque la máxima pretensión del cristianismo es que Dios ha dicho “algo” a los hombres en Cristo Jesús. Aquí, pues, se conjugarán datos provenientes de la Razón (filosófica, predominantemente) y datos que hemos conocido por la Fe. El ideal más acabado de la pintura del hombre que intento seguir llevando adelante son los santos, y eso es precisamente lo que quiere indicar la Iglesia cuando beatifica o canoniza a alguien. Es como si entonces nos dijera a todos: “este es el ideal que yo propongo, este es el resultado que se obtiene cuando se toma en serio el Evangelio”. Téngase en cuenta que nunca se ha canonizado un Papa, un obispo o un sacerdote en virtud del sacramento recibido o del oficio desempeñado, pues, como todos sabemos, entre estos hombres los ha habido bastante mediocres. El retrato que sigue, lamentablemente, no es lo que vivimos y mostramos todos los cristianos, pero sí es lo que la mayo-

ría, con nuestras innumerables imperfecciones, pedimos en la oración cada día, poder vivir y mostrar.

33.- El cristiano es un hombre que por su espiritualidad no se agota en la materia, sino que la trasciende continuamente con su conocimiento y actividad. Pudiéramos así decir que el hombre es constitutivamente un ser abierto, libre, creativo. Esa apertura se manifiesta fundamentalmente en la relación del ser humano con el mundo, con los otros seres humanos, la historia y, eventualmente, con una vida más allá de la muerte; todo lo cual refleja, al mismo tiempo, su apertura ontológica al Trascendente, que hace del hombre un ser religioso.

34.- Hablar de religiosidad en el hombre significa que él se reconoce dependiente en su ser y en su obrar del Absoluto, o, dicho de otro modo, se sabe y se percibe no siendo el criterio último de lo real y de su propia vida. El cristianismo aporta la radical novedad de que ese Fundamento de la existencia y del vivir humanos es también un Dios Amorosísimo, y por eso mismo, Trascendencia Personal que nos envuelve en Su Amor y que entonces hace posible una existencia humana Sensata, con Sentido y con Esperanza. ¡No somos unos seres abandonados al azar, no somos casos perdidos, no somos gente sin origen y sin meta!

35.- El hombre cristiano es también un hombre interpelado por Dios, quien le ha hablado y le habla, sobre todo, por Su Palabra Eterna hecha carne, que es Jesucristo. El hombre cristiano responde a esa Palabra con una adhesión total que llamamos fe. Y en ese diálogo de Amor asistimos a una comunión, no sólo de palabras sino de vida. Dios se hace hombre y el hombre participa de la vida de Dios. Esto suena casi escandaloso: el hombre cristiano es el hombre divinizado, es el hombre transformándose en Dios, porque ha sido previamente buscado por Él.

36.- Pero he aquí que todos los que participan de esa Vida Divina entran también en comunión entre sí. Ese misterio de Comunión se llama Iglesia (realidad que incluye una dimensión visible al servicio de esa Invisible, pero



Friedrich Nietzsche

real y más importante Comunión). Por eso el hombre cristiano es profundamente eclesial, comunal, fraterno.

37.- El cristiano es esencialmente un hombre de la historia, que se encuentra con Cristo vivo en el hoy de su vida y la de sus hermanos. Y así quiere vivir, animado por el Espíritu de Jesús de Nazaret como hijo de Dios Padre y hermano de todos. En esa historia, en el “aquí” y “ahora”, el cristiano auténtico intentará superar todo lo que hace dañina o menos digna la vida de los hombres y por medio del amor servicial, de la entrega de la vida, del perdón y de la gratuidad, tratará de potenciar todo lo que es fraternidad, esperanza, alegría, compromiso solidario, gracia, justicia, reconciliación, paz.

38.- El cristiano, por último, es un ser escatológico, que se sabe en camino y, por tanto, es humilde y siempre está necesitado de reemprender la marcha, de quitarse estorbos y polvo que se pegan caminando. Pero en ese andar lo anima el Espíritu de Jesús, que mora en su corazón y reafirma todo lo bueno y noble que hay en él, en el mundo, en los otros. Lo anima, en fin, la Esperanza, que es el gran reto de no cerrarnos sobre nosotros mismos ni sobre esta tierra, sino abrimos al Encuentro con ese Amor-Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, donde quedará desvelado el misterio que cada uno, somos, cuando nos reciban en el Abrazo Misericordioso y Tierno, con sabor a familia, a casa, a hogar definitivo.

